



dueño, Sickingen, estaba entonces en negociaciones, según escribe Aleandro, con el adalid de la Francia, Roberto de la Marck. Por otra parte se sabía que Luneburgo era completamente francés y que el elector de Brandeburgo tenía un embajador cerca de Francisco I. La guerra estaba á punto de estallar, y esta amenaza facilitó al chambelán Pablo de Amstorf y al confesor del emperador su misión. Hutten no solamente había amenazado á los embajadores del Papa y al clero adversario de Lutero en general, sino que había dirigido también al mismo emperador una carta escrita en términos muy acerados diciendo que en Alemania existían todavía hombres que pedirían cuenta á los descarados embajadores del Papa, y en caso necesario hasta contra la voluntad del emperador, dirigido enteramente por personas clericales afeinadas. En la carta enviada á Aleandro, decía Hutten que la palabra de Dios era mas poderosa que todo edicto imperial, y por las cartas de Aleandro aterrorizado se comprende claramente que las amenazas de Hutten eran tomadas por lo serio. Aleandro, que por una parte no pudo menos de admirar el estilo minuciosamente correcto de las publicaciones de aquel caballero literato, no se atrevió á publicar la segunda bula de excomunion enviada por el Papa, en la cual, al lado de Lutero, se citaba también á Hutten. El mismo Amstorf, que se creyó perjudicado por la curia tocante á una prebenda y que fué contentado á instigación del nuncio, declaró, sin el menor empacho, que á no haberle satisfecho habría tomado venganza al lado de Hutten del cortesano papal preferido. Hutten no estaba hecho ni para teólogo ni para diplomático y creyó de buena fe á los dos enviados de la corte. Se le ha reconvenido duramente porque entró al servicio del emperador con un sueldo anual de 400 florines de oro, dejando por lo mismo sus ataques literarios y solicitando el perdón del emperador por los anteriores en una carta que le escribió, si bien en esta carta no se retracta de lo que había dicho sobre la conducta perniciosa de los nuncios y sobre los malos consejeros imperiales, por manera que no podemos acusar al caballero de venalidad (1). Al aceptar la oferta de los embajadores obró evidentemente de buena fe, animado seguramente por su poderoso amigo. Posteriormente despues de haber sido declarado Lutero fuera de la ley una hoja volante, procedente del círculo de Sickingen, manifestó la esperanza de que Carlos V no sería mucho tiempo papista, y Hutten se separó del servicio del emperador tan pronto como supo su decisión contra Lutero. El y Sickingen se adhieron al proyecto de Glapion, según el cual Lutero, que ya se hallaba en camino de Worms, debía pasar primero al castillo de Ebernburg, para tratar allí con el confesor imperial. Este plan no tenía probablemente otro objeto mas que impedir la presentación del hereje en el parlamento; pero se estrelló contra la firmeza del reformador.

Lutero había comunicado á Spalatino su propósito de presentarse ante el parlamento, tan luego como había recibido noticia de la primera citación imperial, diciendo que iría aunque estuviera enfermo, porque el llamamiento del emperador era indudablemente del Señor. No se le ocultaba el

(1) No sabemos lo que entenderá el autor por venalidad. (N. del T.)

peligro á que se exponía; pero decía que esperaba que Carlos no incurriría en la maldición que había perseguido á Segismundo, que tan indignamente había faltado á su palabra, y cuya maldición había caído hasta su nieto. Repitió también al elector su ofrecimiento anterior, creyendo que solo tendría que explicar y responder de sus doctrinas y que á lo mas tendría que retirar, según escribió á su amigo Spalatino, lo que había dicho del Papa, á quien había llamado apóstol del diablo cuando antes le llamaba vicario de Cristo. En 26 de marzo llegó el heraldo con la carta imperial y la escolta y Lutero se puso en camino, acompañándole además de un hermano de la orden, conforme exigía la regla, su colega íntimo amigo Amstorf y un joven noble de Pomerania llamado Pedro Swaven. En Erfurt se les agregó el humanista Justo Jonas, que poco antes se había adherido al bando de los teólogos, con gran disgusto de su protector Erasmo y grandes elogios de Hutten y Eobano. La universidad de Erfurt en corporación, presidida por su rector Croto, recibió al reformador con toda solemnidad; «el hombre que despues de tan largos siglos, dice una noticia en el libro de matrículas, ha tenido el primero el atrevimiento de humillar la soberbia romana con la espada de la Sagrada Escritura.» Lutero predicó en Erfurt y dijo en su sermón: «Entre tres mil eclesiásticos no se encontrarán cuatro buenos; ¡Dios tenga misericordia de tanta miseria!» Apenas hubo salido de la ciudad estalló la agitación, exasperada por su visita, en una feroz caza de clericales que hicieron los estudiantes y el pueblo. Entretanto continuó Lutero tranquilo su viaje. Algun temor le sobrecogió cuando vió la publicación del edicto imperial que mandaba entregar todos sus escritos á la autoridad, pero no se desvió de su camino por la invitación al castillo de Ebernburg, que le llevó Butzer, ni por la muy seria advertencia de Spalatino, inspirada probablemente por el mismo elector, pues Spalatino difícilmente se habría atrevido á intervenir á última hora en una cuestión tan decisiva. Lutero contestó á este aviso que iría á Worms aunque hubiese allí tantos demonios como ladrillos; y en 16 de abril, al mediodía, entró en la mencionada ciudad entre una aglomeración inmensa del pueblo. Aleandro, que sintió el ruido de la gente estando en su habitación, oyó decir que Lutero, al bajar del carruaje, había echado una mirada alrededor con sus ojos endemoniados y había dicho: «Dios estará conmigo.» No se alojó Lutero, como habían convenido el nuncio y Glapion con Carlos, en una habitación muy separada de la morada imperial, sino cerca de su príncipe elector, en una casa perteneciente á la orden de San Juan, donde fué visitado inmediatamente por señores distinguidos, mientras las masas populares rodeaban el edificio. A las cuatro de la tarde del día siguiente compareció ante el emperador y los Estados del imperio. Aleandro había trazado el programa de la discusión, que por la parte de Roma fué confiada á Juan de Eck, secretario del obispo de Tréveris. Según observó Aleandro, entró Lutero en la asamblea muy animoso y contestó afirmativamente á la primera pregunta que se le dirigió, á saber, si era autor de los libros que estaban colocados delante de él y cuyos títulos se le leyeron á petición de Schurf, jurisconsulto de Wittenberg. Al hacerle la segunda pregunta decisiva, de si quería retirar aquellos escritos y su contenido, se dejó dominar por la magnitud de la responsabilidad que iba á contraer y pidió un plazo para contestar, tratándose, según dijo, de cosas tan elevadas como la salud de las almas y la palabra de Dios. Su petición le fué concedida, aunque de mala gana, despues de haberlo consultado el emperador y los Estados; y la escena concluyó con una amonestación altanera que pronunció el secretario. Esta presentación del reformador produjo un gran desengaño; porque Lutero había hablado

en voz baja apenas inteligible; parecía atemorizado, á pesar de los consejos que muchas personas le dieron en voz baja á su entrada para que no se dejara amedrentar. El emperador tan pronto como vió al fraile dijo para sí: «Este no me hará jamás hereje;» y no quiso creer nunca que aquel fraile fuese el autor de los libros que se le atribuían. Aleandro describió en són de triunfo el mal efecto que había producido «el necio,» diciendo que él mismo había desvanecido las ilusiones que corrían respecto de su persona.

Eran las seis de la tarde del día siguiente cuando se abrió la segunda sesión y entonces le había pasado ya á Lutero la impresión y se había rehecho. La noche antes había escrito á Cuspiniano que no retiraría ni una letra, y Peutinger, que habló con él poco antes de la segunda sesión, le encontró alegre y animado. Esta vez tuvo que esperar largo tiempo hasta que el emperador y los Estados hubieron despachado otros asuntos, y despues de dirigirse el ya citado secretario una segunda amonestación por el retardo de que Lutero era causa, le volvió á preguntar si reconocía por suyos todos sus escritos en general ó si quería retirar algo. Entonces Lutero, con voz sonora y tranquila, despues de haber solicitado que se le dispensara si faltaba en algo á las fórmulas cortesanas, excusándose con su inexperiencia y vida de reclusion eclesiástica, contestó reconociendo como suyos aquellos escritos salvados las falsificaciones que pudieran haber introducido en ellos sus contrarios. Dividiólos en tres grupos, uno de los cuales, que trataba de la fe y de la moral, tenía la aprobación completa de sus adversarios. Del segundo grupo, que comprendía los escritos dirigidos contra el papado y los papistas, dijo que no podía retirarlo sin robustecer aquel despotismo y sin abrir todas las puertas á la iniquidad. Respecto del tercer grupo que comprendía sus escritos de polémica, dijo que reconocía haber sido demasiado violento contra alguno de los defensores de aquel desorden; que estaba muy lejos de pretender ser un santo, pero que retirarlo sería alentar también el despotismo. Añadió que si se le convenciera de su error con la Sagrada Escritura estaba pronto á ser el primero en arrojar sus libros al fuego. A medida que hablaba se iba apoderando de él mas y mas la convicción de tener una misión divina, y esta convicción disipó completamente el temor que antes le había inspirado aquella asamblea brillante. Declaró como el signo mas seguro del origen divino de su doctrina la circunstancia de ser peligrosa, de que tanto se le acusaba, porque la Escritura decía que la palabra de Dios no había venido para traer la paz, sino la espada. Se atrevió á amonestar al joven emperador, diciéndole que tuviera temor de Dios para que no empezara su gobierno fatalmente y le pasara lo que á Faraon y á los reyes de Babilonia y de Israel. Por lo demás no hacía aquella advertencia porque tan elevados señores la necesitasen, sino porque se había creído en el deber de no negar á su patria alemana aquel servicio. Es decir, que en el momento mas solemne de su vida en el espíritu del reformador se presentó, al lado de su deber para con Dios, su otro deber para con la patria, y así habló como un profeta del Antiguo Testamento á los príncipes de su pueblo.

Tanto el emperador como la mayoría de los nobles del imperio estaban muy lejos de admitir semejantes advertencias del fraile excomulgado, y el secretario del obispado de Tréveris expresó en términos vivos el descontento de los señores, diciendo que Lutero abusaba de la benignidad del emperador y como verdadero hereje había eludido una contestación categórica; que no podía hablarse ya de discusión porque los concilios hacía tiempo que habían pronunciado su fallo respecto de las doctrinas erróneas renovadas por Lutero de los valdenses, de Wiclef y de Hus; por manera que solo se trataba entonces de una respuesta clara y precisa á la

pregunta de si quería retirar ó no sus escritos y los errores que contenían. Lutero dió la contestación deseada, como él decía, sin duplicidad, declarando que tanto el Papa como los concilios estaban sujetos á error, y por tanto que si no se le convenía con testimonios de la Sagrada Escritura ó con razones naturales, no podía ni quería retractarse, porque esto sería obrar contra su conciencia, lo cual era inseguro y peligroso. Concluyó su discurso con estas palabras: «Así me ayude Dios, amén.» Trató el secretario Eck de defender la infalibilidad de los concilios; pero Lutero, mas inflexible que una roca, se afirmó en lo que había dicho, y repitió que los concilios se habían equivocado, conforme él lo podía probar. Entonces el joven emperador, profundamente indignado, dió por terminada la discusión. Lutero salió de la sala en medio de los silbidos y burlas de los españoles, y Aleandro refiere que salió levantando el brazo, á la manera de los soldados alemanes despues de un buen golpe de mano. Al entrar en su alojamiento saludó Lutero á sus amigos exclamando: «¡He salido!» dando á entender su convicción de haberse salvado de una situación peligrosa, sin rebajar su sencilla grandeza con exclamaciones patéticas que usan solo los caracteres débiles.

Para los testigos oculares alemanes no eran menester actitudes teatrales, que hasta en las novelas no cuadran bien á los personajes importantes. El elector Federico, que el día antes había quedado algo corrido, expresó á Spalatino su satisfacción, añadiendo, sin embargo, que el doctor Martin era demasiado atrevido. Hasta un adversario de Lutero, Erico de Brunswick, demostró el respeto que el valiente hereje le había inspirado enviándole con un criado suyo una jarra de cerveza de Eimbeck. El joven landgrave de Hesse visitó á Lutero, como otros príncipes y señores, en su alojamiento, mientras que su propio soberano evitó cuidadosamente todo contacto personal. Muy equivocado estaba Aleandro al decir que la comparecencia personal de Lutero había perjudicado muchísimo á su fama de hombre importante, pues un testigo de su declaración escribe: «Soy ahora mas luterano que nunca;» y mas improbable es ciertamente que hubiese desagradado al pueblo alemán que Lutero hubiese rechazado la autoridad del concilio de Constanza, ni que le hubiese repugnado la afición del reformador á un buen trago de cerveza. Demuestra la agitación creciente, el hecho de haberse encontrado fijado á la puerta de la casa consistorial de Worms un cartelón, del cual resultaba que se habían conjurado cuatrocientos nobles contra Maguncia y contra todos los partidarios de Roma. Al final de la proclama se repetía tres veces la palabra *Bundschuh* (liga del zapato), antigua bandera de los labradores revolucionarios. El joven emperador dijo mofándose de este anuncio, que los cuatrocientos nobles serían seguramente los trescientos conjurados con que Mucio Scévola había amenazado al rey enemigo de Roma. Sin embargo, la ciudad de Maguncia y su elector no dejaron de experimentar algun temor á causa de la vecindad de Sickingen y de las mofas que hacían los contrarios de Hutten, diciendo de él el humanista Busch que solo sabía ladrar y no morder, en lo cual el caballero pudo conocer el descontento de sus mejores amigos. En efecto, causa una impresión muy penosa ver á Hutten condenado al papel de simple espectador despues de tantos desahogos apasionados, y cuando, según él mismo escribió á Lutero, el furor de los adversarios retaba á los suyos al combate con las armas materiales, diciendo en la misma carta que la prudencia de los amigos le obligaba á abstenerse por lo pronto de todo propósito violento. Antes de la visita de los embajadores del emperador al castillo de Ebernburg había dicho Butzer que Sickingen desenvainaría la espada si la gota se lo permitía, excusa que

repitió todavía después, ignorando el motivo verdadero de la conducta reservada de Sickingen. El que sufrió más en aquellas circunstancias fué Hutten, que desarmado por su protector, conoció con pena cuán limitada era su influencia; y aun cuando en 22 de mayo había renunciado á la pension del emperador, no pudo arrastrar á su poderoso amigo, y dijo, quejándose á Butzer, que era menester hacer todo lo posible para que Sickingen no prestara otra vez oídos á los contrarios. Verdad es que entonces corrió por Worms el rumor que atribuía á Sickingen la amenaza de que mientras el emperador y los Estados discutían, él al fin tomaría la resolución definitiva; pero en la corte imperial estaban todos, al parecer, muy tranquilos respecto de aquel noble.

En los últimos tiempos se ha señalado con razón el hecho de que Carlos V mostró en aquella ocasión y en la cuestión de Lutero cierta independencia de conducta, sin dejarse guiar á discreción por sus consejeros; y Alejandro se expresa con verdadero entusiasmo sobre la firmeza del joven monarca, que solo había sostenido sin titubear su punto de vista correctamente clerical, y hasta llega á profetizar que Carlos sabrá atraerse la fortuna con su bondad, prudencia y valor y saldrá victorioso de todas las luchas. Sin embargo, añade á su descripción del soberano á quien calificaba de mas grande y mejor de los hombres, la advertencia de que Carlos era también el adversario mas peligroso, porque difícilmente olvidaba una ofensa. Este rasgo le había sido señalado por el confesor Glapion como el único desagradable en el carácter del emperador. Seguramente quedaron sorprendidos los príncipes alemanes al ver la acritud con que el joven monarca les dió á conocer en 19 de abril su opinión definitiva sobre el fraile hereje, diciendo: que como descendiente y heredero de los emperadores alemanes, de los reyes de España, de los archiduques de Austria y de los duques de Borgoña, estaba decidido á borrar el baldon de aquella herejía con todas sus fuerzas, con su cuerpo, sangre, vida y alma; que solo sentía haber aplazado tanto tiempo sus resoluciones contra Lutero; que respetaría el salvo-conducto que le había dado, pero en cuanto á lo demás procedería contra él como hereje convicto, y que los Estados del imperio debían auxiliarle en esto segun lo habían prometido.

Carlos había redactado esta declaración de su propia mano y aunque al leerla, al decir de Alejandro, muchos de los príncipes, sus oyentes, se quedaron «blancos como la pared,» no logró con toda su energía que se suspendiera toda ulterior negociación con Lutero. Además de la influencia del elector de Sajonia, parece que hicieron algun efecto aquellas demostraciones amenazadoras anónimas de que hemos hablado; porque no solamente el elector de Maguncia, sino también Joaquin de Brandeburgo convinieron con los otros electores en que se oyera una vez mas á Lutero, á fin de ver si por último se lograba convertirle; y si bien el emperador dijo repetidas veces que no cambiaria un ápice de lo que había dicho, hubo de conformarse á pesar de todo con la voluntad del parlamento. Se formó una comisión de los representantes de todos los Estados presidida por los electores de Tréveris y de Brandeburgo, habiendo sido propuesto como árbitro el primero, unido estrechamente al elector de Sajonia. Además formaron parte de esta comisión los obispos de Augsburgo y de Brandeburgo, Jorge de Sajonia, el gran maestro de la orden teutónica, el conde Jorge de Wertheim, el caballero Bock de Estrasburgo, el humanista Peutinger de Augsburgo y el canciller de Baden el doctor Jerónimo Vehus, encargado de dirigir la discusión. Este cumplió su difícil encargo de la manera mas hábil, tanto que Lutero mismo hubo de convenir en que jamás se había tratado con él de una manera igualmente bondadosa y modesta. Mas habiéndose

decidido el asunto ya ante el emperador y el imperio, Lutero había afirmado su resolución y recobrado su tranquilidad para no dejarse desviar por ninguna mediación, por sincera y amistosa que fuese. Vehus se valió en su argumentación del testimonio de San Bernardo, al cual Lutero profesaba particular devoción; y como había insistido antes Glapion, insistió también Vehus en sus conversaciones con el canciller sajón, y en nombre del parlamento, en que Lutero tuviese presente lo mucho bueno que contenían sus escritos y no ayudara á destruir por terquedad los excelentes frutos que estaban destinados á producir. Es muy notable y un rasgo digno de caracterizar aquella situación que Vehus se atreviera á hacer serias alabanzas de escritos de Lutero, como sus sermones de la triple justicia y de las buenas obras, á pesar de la oposición que en ellos hacia su autor contra la doctrina eclesiástica de la satisfacción y contra la terquedad del poder eclesiástico. También demuestra cuán dispuestos estaban los miembros del parlamento á prescindir de toda consideración debida al Papa el proponer á Lutero que si por su parte hiciera alguna concesión que facilitara alguna inteligencia amistosa, se confiaría la decisión de su asunto ya al emperador y á los miembros del parlamento, ya á un concilio que se convocaría. Pero no hubo medio de lograr de él concesión ninguna ni de que renunciara á las condiciones que había expuesto ante el emperador y el imperio, ni siquiera de hacerle retirar su reprobación del concilio de Constanza, que había condenado, segun decia, la palabra de Dios. En vano el secretario del obispo de Tréveris insistió de nuevo en la autoridad de los concilios; en vano Juan Cochlaeus, el chantre literato de la catedral de Francfort, intervino sin ser llamado en la discusión, segun escribe, primero con ruegos y lágrimas y después proponiendo ingenuamente que Lutero, renunciando á su salvo-conducto, discutiera con él. «En una palabra, — escribe Alejandro, — ni con demostraciones ni con amonestaciones, ni con astucias hubo medio de obligarle á hacer concesiones, antes bien continuó mostrándose terco, repitiendo siempre que no quería obrar contra su conciencia.» Con esto acertó el nuncio, que no asistió á las conferencias, á describir el fondo de todo el asunto. Igualmente se estrelló la última tentativa del arzobispo de Tréveris, en la cual prometió, en una conversación confidencial, al obstinado, en caso de retractarse, «un hermoso priorato» y una colocación segura en su corte, y sucesivamente que se fallaría su causa por el emperador y el Papa, ó por el emperador solo, ó por el emperador y el imperio, ó por un concilio que se convocaría. Lutero declaró inaceptables todas estas condiciones, con gran satisfacción del nuncio. Tan luego como el elector de Tréveris hubo comunicado al emperador el resultado de las negociaciones, recibió Lutero la orden imperial de regresar á su casa dentro del plazo de veintiun días, sin predicar ni escribir en el camino, á lo cual contestó Lutero con el debido respeto que por el emperador y el imperio renunciaria á todo, hasta á la vida y la honra, pero no á la confesión de la palabra de Dios. El 26 de abril partió de Worms. Ambos contrarios, el fraile y el emperador, se arrepintieron después de su debilidad. Lutero vió en el radicalismo evangélico (protestante) que se manifestó inmediatamente después el castigo de Dios por haberse dominado en Worms y no haber declarado su confesión ante los «tiranos» con mas rigidez y dureza; y Carlos V, por su parte, manifestó poco antes de morir que debiera haber entregado al herejarca á la hoguera sin consideración al salvo-conducto. Falta, sin embargo, saber si esto le hubiese sido posible; porque la gran precaución con que el emperador procedió contra Lutero en punto al edicto habla en contra de tal posibilidad, y hasta la curia había dicho una vez á los nuncios, antes de haber lla-

mado al hereje al parlamento, que si Lutero había de presentarse bajo el salvo-conducto imperial, debería dejarse regresar á su casa conforme á la promesa dada, y lo mismo declararon los electores de Maguncia y de Brandeburgo después de haber oído á Lutero. Los miembros del imperio no se opusieron al deseo del emperador de proceder contra Lutero, segun su deseo, por manera que la orden confiada á Alejandro quedó pronto redactada, y Federico de Sajonia se limitó á rogar al emperador y al parlamento que le permitiesen no intervenir en este asunto. Pero aunque la mencionada orden fué aprobada en 8 de mayo definitivamente por el emperador, pasaron dos semanas antes de que fuese firmada y publicada, no como dijo Alejandro por motivos de política extranjera, sino porque el emperador estaba todavía en tratos á fin de obtener del imperio el solicitado auxilio para la expedición á Roma, y tan pronto como los Estados hubieron concedido en 24 de mayo 20,000 infantes y 4,000 jinetes armados contra cualquier contrario, especialmente contra Francia y los suizos, se dió el golpe hacia tiempo preparado. Al día siguiente, después de la solemne sesión de clausura del parlamento, sorprendió Carlos á los príncipes que le habían acompañado á su habitación con la lectura de aquella orden, que Joaquin de Brandeburgo aprobó en nombre de todos los Estados miembros del imperio; y á la mañana siguiente tuvo Alejandro la satisfacción de ver firmar al emperador, después de la misa y en la iglesia misma, la orden en dos ejemplares, escrito el uno en latin y el otro en alemán.

El edicto de Worms, que viene á ser la despedida de Carlos V de la nación alemana, lleva la fecha del 8 de mayo, fecha en que, segun expresa el mismo edicto, no había caducado todavía el salvo-conducto dado á Lutero. En esto no hay que ver un engaño, sino mas bien una falta hija de la precipitación; pero la misma orden falta á la verdad al decir que se publicaba por consejo y voluntad unánime de los Estados reunidos en Worms, porque ni siquiera se había presentado al parlamento sino que el emperador la había comunicado sin formalidad alguna oficial á algunos príncipes que habían estado presentes y que la habían aprobado. Lo cierto es que la dureza de aquella sentencia condenatoria prescindió completamente de la tendencia dominante de la nación, pues no trata á Lutero de individuo humano, sino de demonio en forma de persona, disfrazado de fraile, que reunía muchas herejías antiguas y largo tiempo ocultas en un charco hediondo, añadiendo á ellas otras invenciones propias. La orden todavía insiste muy particularmente, además de condenar la rebelión de Lutero contra la Iglesia, en señalar el peligro de sus doctrinas para los gobiernos, ya que negando como doctrinas paganas el libre albedrío y aconsejando el desprecio de toda autoridad, debían conducir necesariamente á una vida licenciosa, caprichosa y bestial. Añadía que todos los escritos de Lutero predicaban la revolución, que solo el temor de la espada secular le había impedido tratar al derecho terrenal peor que al eclesiástico, y por lo mismo le declaraba fuera de la ley con todos sus partidarios, disponiendo su prisión y entrega al emperador, la confiscación de los bienes de sus adeptos y la entrega de sus escritos al fuego. Además, á fin de que el celeberrimo arte de la imprenta no sirviera para tales libros ponzoñosos, sino únicamente para libros buenos y laudables, disponía la misma orden que en adelante no se publicara impreso alguno sin el consentimiento de la autoridad eclesiástica.

De esta manera se trataba de aniquilar al reformador alemán y de reducir al silencio á la opinión pública. La censura y la hoguera, segun la opinión de la curia romana, eran los únicos medios eficaces para acabar con la herejía mas obstinada. Leon X había organizado en 1515, todavía duran-

te el concilio de Letran, la inspección eclesiástica de la prensa, siguiendo en esto el ejemplo de varios predecesores suyos, y naturalmente le agradó sobremedera la docilidad del emperador, al cual escribió: «Tu excelencia ha excedido en mucho nuestras esperanzas;» y á los electores dirigió breves de gracias análogos, exhortando especialmente al elector Federico el Sabio á continuar con el mismo celo, ya que en sus territorios había principiado la calamidad, bien que, añade el Papa con amabilidad, «contra tu voluntad segun vemos.» Por diferentes otros lados se impulsó á los príncipes electores al aniquilamiento de la herejía, pues hay cartas del rey de Portugal al elector de Tréveris y del rey de Inglaterra al de Maguncia. Enrique VIII, que hizo quemar los libros de Lutero y fué adalid literario de la Iglesia amenazada, aconsejó confiar al fuego el castigo del rebelde contra Cristo en el caso de que no se retractara. No hay que decir que desde España, á pesar de la guerra que allí había, se suplicó al emperador que acabase con el «seductor,» y Velasco, el vencedor de Villalar, atribuyó el feliz éxito de la guerra contra la revolución española á la conducta tan agradable á Dios de Carlos contra «aquel fraile hereje.» Aquellas esperanzas de Erasmo de una reforma pacífica de la Iglesia por el papado humanista y por las potencias laicas, habían salido completamente fallidas. El joven emperador, el Papa ilustrado y Enrique de Inglaterra, á pesar de su gran talento, á quienes Erasmo había mirado y ensalzado como protectores de su filosofía de Cristo, se daban la mano para sofocar por la violencia un movimiento espiritual, siguiendo el consejo y en medio del júbilo de los oscurantistas, sus enemigos mortales. El grito de guerra de estos enemigos no se levantó solamente contra la reforma eclesiástica proclamada por Lutero sino también contra el humanismo, como el verdadero origen de la insubordinación espiritual. Un predicador en la corte de Francia dicen que señaló además de Lutero á Lefevre y á Erasmo como predecesores del Anticristo. Erasmo hizo lo que pudo para sacudir de sí toda sospecha de ideas luteranas, sin aprobar por esto ni la bula papal ni la orden del emperador. Con dolor comprendió entonces su impotencia, y poseído de amargura dijo que ya no le quedaba mas que escribir el epitafio de Cristo, que no resucitaria ya nunca. No por esto omitió ponerse en buenas relaciones con su adversario Alejandro, que podría ser para él peligroso en Roma, y solicitó por tanto su permiso para leer los escritos de Lutero, permiso que el nuncio le negó.

El elector Federico escribió una vez desde Worms á su hermano que, no solamente Anás y Caifás, sino también Herodes y Pilato estaban contra Martin Lutero. Esta comparación de Lutero con Cristo se oía en aquel tiempo con frecuencia, y en un auto sobre este motivo que se escribió entonces se compara al elector de Sajonia con San Pedro, que negó tres veces al Señor; con la única diferencia de que después de negar á Lutero sale el elector, no como San Pedro para llorar, sino para proteger á Lutero contra todos los hombres, como hizo en efecto con la circunspección y precaución que le eran propias y que no le abandonaron ni en el trato mas íntimo. Se avisó á Lutero la víspera de su partida de Worms que en su viaje de regreso seria secuestrado, y aunque esto no cuadraba á su deseo, se sometió no obstante á la disposición adoptada por su soberano. Después de ser recibido en el viaje de regreso con todos los honores en el convento benedictino de Hersfeld, donde, lo mismo que en Eisenach, predicó á pesar de la orden del emperador, le sorprendieron á la caída de la tarde del 4 de mayo, no lejos de Altenstein, cinco jinetes que se le llevaron, entre blasfemias y maldiciones como era costumbre en semejantes casos. Todo el mundo se deshizo en conjeturas; unos creían que aquel secuestro